



LOS EMBATES DE LA CRÍTICA CONTRA LA OBRA LITERARIA DE JOSÉ JOAQUÍN FERNÁNDEZ DE LIZARDI

MA. DE LOURDES ORTIZ SÁNCHEZ
Universidad Autónoma de Zacatecas

Introducción

Los siglos XVI y XVII en Nueva España fueron de pugnas constantes, ya entre españoles, indígenas, criollos, eclesiásticos, órdenes religiosas y demás miembros del cuerpo social. El siglo XVIII novohispano también se caracterizó por las polémicas, los pleitos entre particulares, instituciones, laicos, clérigos, regulares y seculares, criollos y peninsulares. En este contexto socio-histórico se utilizó la sátira para criticar y evidenciar. En 1811 destaca la presencia de un periodista, se trata de José Joaquín Fernández de Lizardi, quien defendió el derecho a expresarse libremente, impulsó la educación política del pueblo mexicano y aportó ideas para conformar una nación libre y soberana. Su participación social y política no se cuestiona y se confirma con la lectura de periódicos y folletos, en los que pronunció la inquietud de construir una sociedad distinta, renovada, moderna, en la que existiera la igualdad, la tolerancia, la justicia, la libertad, la felicidad y el respeto. A pesar de su actitud optimista e impulsora del bien social, hubo quienes lo refutaron, respondieron de forma burlesca o reaccionaron agresivamente ante sus ideas.

En ese sentido, es pertinente analizar la recepción de las obras literarias de Fernández de Lizardi entre algunos de sus contemporáneos, ya amigos o enemigos, y reflexionar si actuaban de manera justificada, si sus discursos tenían un eje argumentativo o a qué tipo de intereses obedecían, esto es, si sus críticas eran académicas o bien las impulsó la ira y el deseo de atacar o ridiculizar al autor. En el presente ensayo, se considerarán las ideas de Pierre Bourdieu y Antonio Gramsci en torno a la función que cumplen los intelectuales en la sociedad para analizar el tema propuesto, lo cual ayudará a comprender a qué respondían las actitudes o intereses de los receptores de Fernández de Lizardi. Asimismo, se hará un tipo de lectura simultánea, de acuerdo al orden de la escritura, por líneas, por párrafos, que consiste en “[...] partir de un estudio sobre otros textos del mismo autor y las características de su escritura. Esta aproximación también se llama explicación de texto y es el comentario analítico más didáctico en el estudio

formal de la literatura” (Zavala 13). Método de lectura que se aplicará en los textos del *Pensador Mexicano*¹ como en los de sus críticos.

Fernández de Lizardi y su labor periodística

En la España del siglo XVIII los medios de difusión del conocimiento lo constituyen los periódicos, las gacetas y otro tipo de impresos. Se replantea el papel del escritor quien se autodefine como “hombre de letras” y el sentido que se le asigna a la literatura. Álvarez Barrientos precisa que en esta época “[...] los escritores se dotan de instrumentos que les sirvan para realizar su trabajo, pero al mismo tiempo de instituciones que consoliden su protagonismo y faciliten su actividad” (15). Se fundan los primeros espacios que concentraban a los eruditos que recibían un salario y se dedicaban completamente al trabajo intelectual, como fue el caso de la Academia de Ciencias y Letras, en la península. De esta manera, “Se establecía [...] una relación de dependencia entre lo que hoy llamaríamos el intelectual y el poder, dando pie a la aparición de un nuevo individuo en esa República, el escritor al servicio del estado, de la misma forma que surgió la figura del científico al servicio de los intereses de los distintos gobiernos ilustrados” (Álvarez 19). En la España del siglo XVIII se han identificado distintos tipos de escritores: a) los que participaban de los intereses del estado y por lo regular se concentraban en la llamada República Literaria y b) los que asumían un compromiso social, y eran pensadores y reflexivos de su entorno socio-histórico.

El periodista, por ejemplo, cumplió con el perfil del nuevo hombre de letras y con una función social. En ese sentido, se erigió como un tipo de escritor que no responde al modelo del sabio humanista. Al respecto, Insúa señala: “La prensa periódica pasa a construir un naciente tipo de literatura que se brinda al servicio del público, que quiere ser ‘útil’, pero que también considera a la masa lectora como su nuevo mecenas” (El retrato del periodista 159). La escritura se constituyó como un oficio, continuo, sobre el diario acontecer, espontáneo y a la vez reflexivo, polémico en ocasiones, que refleja una época con todos sus matices. Un ejemplo en México es José Joaquín Fernández de Lizardi, quien en diversos momentos publicó folletos, obras de teatro, artículos periodísticos, novelas, poemas y fábulas. Los nombres de sus periódicos y sus contenidos son representativos de la situación política, económica e histórica del período que le tocó vivir.² El

¹ Seudónimo que utilizó el autor en varios de sus textos, que adoptó a partir de la publicación de su periódico *El Pensador Mexicano*, a imitación de *El Pensador Matritense*, del autor español José Clavijo y Fajardo.

² Al respecto, Jacobo Chencinsky aclara: “Entre 1812 y 1827, Fernández de Lizardi publicó nueve periódicos, todos ellos de corta vida. El primero y de mayor duración, no obstante ser el más accidentado, fue precisamente *El Pensador*

Pensador Mexicano representa al periodista que no presumió sabiduría, fundamentó sus ideas en el conocimiento de las ideas de los autores reconocidos por la tradición, pero también se apoyó en la opinión. En el contexto intelectual europeo, los que se expresaban en periódicos eran vistos como pervertidores de las letras porque escribían sin los conocimientos suficientes y por afán de vender, lo cual propició las críticas de quienes se asumían como literatos con autoridad y con el respaldo de pertenecer a un campo de poder. No obstante, el periódico se constituyó como un medio de expresión de la modernidad y con el paso del tiempo hasta los intelectuales más destacados en la República Literaria publicaron en este medio. Es así que “El periodista tiene conciencia en los últimos años del siglo de su papel, de la importancia del periódico como medio de difusión cultural, pero también propagandístico” (Álvarez 24).

Es en este referente que se inserta la figura del periodista mexicano José Joaquín Fernández de Lizardi, de tal suerte, “[...] puede ser valorado como un eslabón americano en la cadena de un modo de escritura periodística caracterizada por la observación atenta de la sociedad cuyo fin central era poder aportar útilmente a su funcionamiento” (Insúa, 160). Además, demostró concordancia entre las ideas que se forjaban en su intelecto y las que plasmaba al escribir, por ejemplo, retomó las ideas de un autores reconocidos y las adaptó al contexto americano para tratar asuntos pedagógicos, sociales, y políticos. Algunos de sus receptores las tomaron como plagio y, además, enfrentó las críticas personales y las censuras de ciertas instituciones como la Iglesia. Es necesario considerar que un autor como el Pensador Mexicano vivía de la venta de sus folletos y periódicos: hizo de la escritura un oficio y en sus textos se dirigió al público lector para motivarlo a consumir sus escritos; es decir, perfila a su lector ideal como “hombre de bien”, con la necesidad de educarse.

El Pensador Mexicano defendió con acuciosidad la labor de quien buscaba ganarse la vida con dignidad acudiendo al ejercicio de la escritura, con el ánimo de informar, ser útil a la patria y colaborar para el bienestar de la sociedad. En cambio, criticó a quienes se concentraban en ciertos espacios como las *Casas de Sociedad* o *Sociedades Patrióticas, Económicas y de los Amigos del País*, que, si bien en Europa asistían a ellas personas eruditas y acaudaladas que tenían la misión de fomentar la industria y la agricultura, en México el autor denuncia que se trataba de garitos donde se comía, se jugaba, se embriagaba y se platicaba en exceso. Afirma: “ya que nuestra desgracia no nos proporciona casas de verdaderas sociedades patrióticas donde se discuta y se proyecte sobre la felicidad del pueblo, no tengan la osadía las casas, donde se pela al próximo, de usurpar un nombre que no les

Mexicano, cuyo título adoptó como seudónimo”. José Joaquín Fernández de Lizardi, (Obras III 10).

toca. Llámense *casas públicas de diversión* y quedaremos los coimes y yo amigos *usque ad aras*" (Obras IV 97).

En el prólogo, advertencias y dedicatorias incluidas en *El Periquillo Sarniento* se menciona lo costoso que resultaba en la época novohispana publicar una obra de cierta extensión, los riesgos que implicaban la nula venta de los ejemplares. En un diálogo ingenioso entre el autor y un amigo, este le sugiere los mecenas adecuados para el coste de su libro: los lectores, quienes se encargarían finalmente de sufragar la impresión, y representaban los mecenas más confiables. Fernández de Lizardi los increpa así: "Dignaos, pues acogerla favorablemente, comprando, cada uno, seis o siete capítulos cada día, y suscribiéndose por cinco o seis ejemplares a lo menos, aunque después os déis a Barrabás por haber empleado vuestro dinero en una cosa tan friona y fastidiosa; aunque me critiquéis de arriba abajo, y aunque hagáis cartuchos o servilletas con los libros" (El Periquillo 4).

En otras publicaciones tocó el tema referido a los costos de las suscripciones, la utilidad de la prensa para informar al pueblo, la defensa de su labor periodística, y criticó a quienes recibían mal sus impresos, que tenían el fin noble de ilustrar al vulgo, de acabar con las supersticiones y acercar los conocimientos sobre temas diversos, como los contenidos de la Constitución gaditana, los beneficios de la libertad de imprenta y la igualdad jurídica. El autor aseguró que escribir conllevaba riesgos, ya aplausos o silbidos, pero su objetivo era ser útil a sus semejantes. Acepta: "Forzoso es que todo escritor tenga sus antagonistas, porque como hay tanta diferencia en los gustos y tanta variedad en las opiniones, unos piensan de ésta y otros de aquella manera [...]" (Obras III 153). En el folleto *Pescosón del Pensador al ciudadano censor* expresó que había quienes publicaban papeles cuyo contenido podía ser elogiado por lectores neófitos, ignorantes, necios, por lo cual se vio en la necesidad de impugnar al autor del folleto y lo insta a reflexionar sobre la responsabilidad que tenían todos los que se dedicaban al ejercicio de la escritura (Obras III 301)

En diversos folletos se defendió de quienes se burlaban de sus publicaciones y lo señalaban por escribir para comer, ante lo cual el autor respondió que su trabajo como periodista era tan digno como cualquier otro oficio o profesión. Señala: "El escribir para comer nada tiene de particular, lo malo fuera que escribiera *para beber*" (Obras XI 540). Fernández de Lizardi expresó en varios momentos que tenía la necesidad de hacer atractivos sus escritos para que se vendieran. Por eso tocó asuntos de la vida cotidiana, ya sociales, políticos y pedagógicos. En su folleto, en el que expuso su defensa por haber padecido la injusta excomunión por parte de los miembros de la junta eclesiástica, esgrimió, entre otras ideas, su indefensión económica, pero también su capacidad para defenderse y argumentar: "Yo soy un ciudadano sin recurso, sin apoyo, sin representación y sin caudal. No tengo más escudo que la razón [...]" (Obras XI 469).

La función de los intelectuales

En toda época la creación artística y literaria se realiza dentro de un sistema complejo de relaciones sociales, en tanto se trata de actos de comunicación. El escritor o el artista literario se inserta en lo que Pierre Bourdieu designa “estructura del campo intelectual”, entendido como una especie de campo magnético en el que se concentran los agentes o sistemas de agentes, determinados por su pertenencia al campo y que permanecen en continuo movimiento. Cada agente tiene cierto peso funcional y su poder dentro del campo cultural se define a partir de su posición dentro del mismo. Es necesario aclarar que el campo intelectual se rige por leyes internas, válidas sólo dentro de él. Se trata de un sistema que pretende la autonomía, y es resultado de un proceso histórico de diferenciación interna.

El escritor busca tener una figura definida socialmente e inseparable de cierta demanda social. El autor pretende un renombre, que conlleva la representación que la comunidad se hace del valor y de la verdad de la obra. Todo artista busca ser reconocido, y enfrenta la definición social de su obra, ya en el éxito, en el fracaso, las interpretaciones o la representación social. En ese sentido, “[...] es posible encontrar todos los matices entre obras exclusivamente determinadas y dominadas por la representación (intuitiva o científicamente informada) de las expectativas del público, como los periódicos, los semanarios y las obras de gran difusión, y las obras enteramente sometidas a las exigencias del creador” (Bourdieu 19).

Bourdieu explica cómo los escritos antes de llegar a la editorial, de ser publicados, ya fueron aprobados por los miembros del campo intelectual. De tal manera que, cuando las obras llegan a manos del editor, ya están preseleccionadas y la función de este es decidir las que son dignas de conservarse, de acuerdo a cierto relativismo estético o confiando en su olfato para detectar lo valioso de lo que no es. Es así que

[...] la relación que el creador mantiene con su obra está siempre mediatizada por la relación que mantiene con el sentido público de su obra, sentido que le recuerda concretamente a raíz de todas las relaciones que mantiene con los autores miembros del universo intelectual, y que es el producto de interacciones infinitamente complejas entre actos intelectuales, como juicios a la vez determinados y determinantes sobre la verdad y el valor de las obras y de los autores (30).

En diversos contextos socio-culturales han existido las instancias de consagración y difusión de la cultura y del arte, como las academias, las casas editoras, las asociaciones culturales y las científicas. De tal manera “[...] el campo intelectual se integra como sistema cada vez más complejo y más independiente de las influencias externas [...] como campo de relaciones dominadas por una lógica específica, la de competencia por la legitimidad cultural” (11). En el interior del “campo intelectual” todos los agentes o miembros se dedican a la manipulación de los bienes de la cultura,

compiten entre sí para ocupar los espacios centrales, pero al mismo tiempo se complementan, de tal manera que los agentes se definen a partir del lugar que ocupan en el complejo sistema de posiciones y oposiciones. En la época colonial en México existían las academias, los liceos, los cenáculos o los espacios equivalentes a lo que Bourdieu denomina “campo intelectual”, en donde se concentraban los escritores para compartir sus creaciones, discutir, comentar y decidir su publicación en ámbitos como *El Diario de México*.

En la época que vivió Fernández de Lizardi los escritores con cierto reconocimiento social frecuentaban los espacios destinados para compartir la creación artística, como la *Arcadia Mexicana*,³ en los que se propiciaba la retroalimentación estética, se daban consejos y sugerencias. Sin olvidar que también existía un público receptor, anónimo, quizá reducido —esto por los altos índices de la población analfabeta concentrada en las castas, los negros y los indios— y consumidor de periódicos, folletos, obras de teatro, poemas, fábulas y novelas. En el caso del autor mencionado, sus publicaciones lo sostenían económicamente, si bien vale la pena decir que nunca vivió en la abundancia.

Fernández de Lizardi se inició como escritor en una época de conflictos sociales, políticos, religiosos y económicos, esto es, en la coyuntura política del México independiente, y en general sus textos fueron determinados por las circunstancias históricas y políticas. Padeció las siguientes restricciones: a) financieras, porque buscaba que sus escritos fueran atractivos, interesantes y útiles para que se vendieran (si esto no ocurría entonces tenía un serio problema), b) religiosas, sus críticas a instituciones representativas como el Tribunal de la Inquisición, a los canónigos y su defensa de los francmasones, le valieron la excomunión mayor y el repudio social, y c) políticas porque, a pesar de que la Constitución de Cádiz declaró la libertad de imprenta, la realidad era distinta y en varias ocasiones el autor padeció en la cárcel por el contenido de sus folletos y artículos periodísticos.

En la etapa de creación de Fernández de Lizardi existían instancias con el poder político y económico suficientes para imponer normas culturales y

³ A principios de siglo XIX existieron asociaciones literarias, en las que un determinado número de personas se reunían con la intención de comentar sus creaciones, algunas se denominaron arcadias, alianzas, ateneos, bohemias, círculos, clubes, liceos, salones, sociedades, veladas, etc. En estas asociaciones se mezclaron los intereses científicos y literarios, con predominio de uno o de otro, como en el *Liceo Mexicano Científico y Literario* o la *Sociedad Sánchez Oropeza*. También existieron los espacios con intereses en la música y en el teatro. Alicia Perales Ojeda aclara: “La época colonial fue poco propicia para el desenvolvimiento literario por medio de asociaciones. A principios del siglo XIX se restringió la libre reunión para evitar que se propagaran las ideas de emancipación. Después de iniciada la lucha de 1810, la desorientación cundió por todo el país y sólo hubo escasos grupos de actividad literaria” (32).

estéticas a una fracción amplia del campo intelectual que se concentraba en la denominada *Arcadia Mexicana*, en la que participaban varios de los autores que impugnaron los escritos del Pensador Mexicano, como Lacunza y Rodríguez del Castillo. La *Arcadia Mexicana* surgió aproximadamente en abril de 1808, como una imitación de las de Suecia y España, en la que también sus integrantes adoptaron nombres de pastores griegos. Entre sus miembros destacaron José Victoriano Villaseñor, Anastasio María de Acuña, Juan María Lacunza, Mariano Barazábal, José Mariano Rodríguez del Castillo, a quien por cierto se le considera el fundador; también participaron Ramón Quintana, Francisco Manuel Martínez de Navarrete, entre otros. Al parecer los poetas, aparte de utilizar seudónimo, también acudieron a anagramas e iniciales, algunos como Juan Wenceslao Barquera utilizó seis, Lacunza siete y Rodríguez del Castillo cinco.

Los escritos de Fernández de Lizardi no fueron bien aceptados por sus lectores o por ciertos críticos contemporáneos, debido a que él no formaba parte del grupo de agentes que se concentraba en el campo de poder de su época. Además, él vivía de la venta de sus escritos, ya folletos o artículos periodísticos, lo cual propició el desprecio entre algunos de sus contemporáneos. Asimismo, no creaba con el respaldo de un grupo de intelectuales, no contaba con el soporte que podía concederle ser catedrático en la Universidad o miembro activo de la *Arcadia Mexicana*, carecía de la formalización de sus estudios mediante un título universitario, de prestigio económico, de poder político, etcétera.

Antonio Gramsci, por su parte, sostiene que en todas las épocas los grupos sociales tienen sus categorías de eruditos especializados, es decir, el intelectual no es absolutamente independiente, no se basta a sí mismo, no surge por generación espontánea. El proceso histórico de formación de las distintas categorías de intelectuales ha tomado diversas formas, a saber, “Todo grupo social que surge sobre la base original de una función esencial en el mundo de la producción económica, establece junto a él, orgánicamente, uno o más tipos de intelectuales que le dan homogeneidad no sólo en el campo económico, sino también en el social y en el político” (21). De lo anterior puede interpretarse que la sociedad crea sus propios intelectuales orgánicos; no obstante, surge la pregunta acerca de qué se entiende por lo orgánico. En este contexto, la respuesta es “lo compuesto de miembros o partes que pueden cumplir funciones diferentes y coordinadas” (Diccionario 530). En ese sentido, el intelectual orgánico surge ante la necesidad de ciertas funciones en el proceso económico de su sociedad. Gramsci, desde su referente socio-cultural, explica: “[...] todo grupo social fundamental que brota como expresión de la nueva estructura en desarrollo [...] ha encontrado, hasta ahora, las categorías intelectuales preexistentes, que más bien se mostraban como representantes de una continuidad histórica ininterrumpida hasta para las más complicadas y radicales transformaciones de las formas sociales y políticas” (23) El

ejemplo son los eclesiásticos, los científicos, los teóricos y los filósofos no eclesiásticos.

Las actividades de los intelectuales no pueden entenderse sin la relación con los grupos sociales. Todos los hombres son intelectuales, pero hay trabajo intelectual-cerebral y muscular-nervioso. Tradicionalmente el intelectual es el literato, el filósofo o el artista, y existen otros actores sociales, como los periodistas de la cultura que se presentan como "verdaderos intelectuales". Es de notar que para Gramsci: "El nuevo intelectual se enlaza en la vida práctica como constructor, organizador y persuasor constante [...] y, con todo, remontándose por encima del espíritu abstracto matemático; de la técnica-trabajo se llega a la técnica-ciencia y a la concepción humanística-histórica, sin la cual se es 'especialista', pero no se es 'dirigente' (especialista + político)" (27). Para él, la escuela es el espacio donde se forman los intelectuales de diversas categorías. En consecuencia, la formación de los intelectuales se da conforme a procesos históricos concretos, por la pequeña y mediana burguesía, y algunos sectores de la ciudad.

Para determinar lo "orgánico" de las categorías de intelectuales, ha de fijarse la graduación de las funciones y de la superestructura de abajo hacia arriba, esto es, a partir de la sociedad civil, y después observar la sociedad política o Estado (función hegemónica del grupo dominante sobre la sociedad; más el poder de mando del Estado y el gobierno en el aspecto jurídico). Los intelectuales tienden a servir al grupo dominante. De acuerdo con las ideas que expone Gramsci, el intelectual se forma históricamente, a partir de una función esencial en el ámbito de la producción económica del grupo al que pertenece. Si se considera el perfil de Fernández de Lizardi no fue un intelectual especializado que se desempeñara en el área industrial o empresarial; tampoco fue parte de los intelectuales que se formaron dentro de un determinado grupo social o campo de poder. Por lo tanto, no fue un intelectual orgánico en ese sentido, de manera que pudiera dar origen a otros intelectuales que fueran útiles para el desempeño de otras funciones productivas.

Fernández de Lizardi, en cuanto liberal moderado, perteneció a un grupo social fundamental, que brotó como expresión de una nueva estructura en desarrollo, es decir, la república, y que encontró las categorías intelectuales preexistentes que representaban una continuidad histórica ininterrumpida para los cambios sociales y políticos, esto es, principios católicos y liberales a partir de los cuales hizo crítica social y política, por ejemplo, a los malos canónigos y a los gobernantes tiránicos. Por lo tanto, no figuró en una lista de eclesiásticos ni en otra extra-eclesial de privilegiados administradores, teóricos, filósofos, artistas, etcétera.

Lo cierto es que el escritor mexicano fue un intelectual y no puede ser entendido sino como miembro del grupo social criollo; además, no sólo fue periodista sino un escritor constante, reflexivo y conocedor de la situación sociohistórica en su época. Sin duda, los intelectuales de factura liberal, de

principios del siglo XIX, eran un grupo en desarrollo hacia el poder político, que pronto conquistó y asimiló la ideología tradicional, y produjo sus propios intelectuales orgánicos. Entendido lo orgánico no en sentido gramsciano, sino en cuanto a “lo compuesto de miembros o partes que pueden cumplir funciones diferentes y coordinadas” (Diccionario 530).

La obra de Fernández de Lizardi ante sus críticos

Fernández de Lizardi reiteró en varios de sus escritos el compromiso con la patria y el deseo de aportar al bien común antes que al beneficio personal, y una manera de hacerlo fue mediante la palabra impresa, por ejemplo, la difusión de los artículos de la Constitución de Cádiz, la explicación de conceptos socio-políticos de importancia, como soberanía, igualdad, libertad, justicia, bien común, felicidad, etc. Fernández de Lizardi tenía una formación autodidacta, humanística, lo mismo hablaba de historia, de teología, de literatura, y de variados temas. Si bien sus ideas no tenían el respaldo de un título universitario, no parece ser argumento suficiente para demeritarlas, ya que los discursos que expresó en periódicos y folletos son de carácter argumentativo, es decir, alude a fuentes de la antigüedad, retoma las ideas de los filósofos de la ilustración, como Rousseau o Montesquieu. El estilo que se percibe en sus escritos, es ágil, fresco, espontáneo, ameno, con el deseo de informar, educar, advertir, hacer tomar conciencia a los lectores; destacar, incluso, algún acontecimiento importante en la época.

El autor, en ese sentido, expresó su ideario sin un respaldo institucional, por no pertenecer a la Universidad Real y Pontificia, ni a una orden religiosa, no obstante, demostró tener cierto capital cultural, conocimiento de los hechos históricos. Fue consciente de la época que le tocó vivir, analizó con acuciosidad algunos problemas socio-políticos, emitió un diagnóstico y en varios casos planteó una propuesta encaminada a conseguir la igualdad entre los miembros del cuerpo social. A pesar de esto, hubo quienes reaccionaron de forma negativa antes sus escritos, rechazaron sus ideas y propuestas y hasta se burlaron. También hubo otros que lo apoyaron, pero hay evidencias que demuestran que los más numerosos fueron quienes expresaron comentarios adversos. No obstante, en ese contexto socio-histórico, se destaca “El habla sincera, veraz y contestaria de Lizardi, que [...] abordó las temáticas más álgidas, urgentes, inmediatas, o sea que vino y fue por los caminos donde la censura estaba al acecho, propició un elevado número de ataques y silencios [...]” (Palazón, Introducción sobre un grajo, Amigos XVI).

Fernández de Lizardi, además de criticar la sociedad novohispana tradicional, propuso una sociedad ideal organizada según el modelo del Estado moderno; sin embargo, sus propuestas fueron criticadas de manera negativa. El autor se caracterizó por un estilo directo, sin el uso de expresiones rebuscadas, por lo cual trató de respaldar sus ideas en la sinceridad y veracidad, asumió una actitud de denuncia, por ejemplo, de los gobernantes y clérigos interesados sólo en los bienes materiales y no en dar

un servicio al pueblo. El tono y el estilo del Pensador Mexicano, de acuerdo a la situación, fueron de burla, ironía, protesta, denuncia y de crítica contra la injusticia social. Los críticos que le fueron contemporáneos, a menudo acordes con las instituciones sociales tradicionales, como el gobierno monárquico y la Inquisición, y miembros de asociaciones como la *Arcadia Mexicana*, le exigieron, en general, apego a las reglas literarias aceptadas en la época, es decir, las expresadas en la corriente del neoclasicismo. Esta corriente imponía el buen gusto, el respeto a los autores clásicos y la métrica, la utilidad, la concordancia entre el estilo, el tema y el efecto, así como el uso del lenguaje connotativo. En el neoclásico "La obediencia a las reglas es condición indispensable para que una obra literaria obtenga la aprobación de los doctos, que no contentos con el goce de la belleza, exigen que el arte responda a un fin didáctico" (Lapesa 26).

Fernández de Lizardi enfocó el contenido de sus textos hacia el aspecto pedagógico y moralizante; en algunos momentos luchó abiertamente contra el gobierno y el clero, que a través de algunos de sus miembros hacían presente la estructura tradicional. Inició su carrera política al explicar a los lectores los artículos de la *Constitución de la Monarquía Española*, colaboró en el movimiento de Independencia de México porque explicó a los lectores en qué sentido se entendía la igualdad, la libertad de expresión y de imprenta, el significado de la justicia y de la tolerancia; intentó la aceptación popular de las ideas liberales⁴, y ayudó al pueblo a tomar conciencia de la injusticia social. La inestabilidad y los conflictos de la sociedad del México independiente eran manifestación de la coyuntura social que se vivía hacia un nuevo tipo de sociedad.

Juan María Lacunza⁵ escribió el artículo *Palo de ciego*, en el cual dirigió su crítica al impreso *La verdad pelada*,⁶ poema en el que Fernández de Lizardi

⁴ Rechazo del gobierno monárquico y preferencia por el gobierno republicano; apego a las leyes; participación ciudadana en la elaboración de las leyes, ya sea a partir de su presencia física o de sus representantes; respeto a las garantías individuales, y crítica a las instituciones civiles y religiosas.

⁵ Juan María Lacunza fue un poeta miembro de la *Arcadia Mexicana* (¿-1820). Usó distintos seudónimos: El inglés, Juan Mira Canazul, El auxiliar, Aznucal, Batilo, Launzac, Olitabl, Otilab, Zanluca, Juan A. Mira Can Azul, Clérigo escrupuloso y sus iniciales; Fernández de Lizardi le atribuyó el de Gran Temerlán de Persia. (Fernández Amigos)

⁶ Se transcribe un fragmento del poema del autor *La verdad pelada* para que se note el tono y el estilo del autor:

¿Que vaya la señorita
a la tertulia, al paseo,
a ésta y a aquella visita,
al baile o al Coliseo,
y siempre muy prendidita,

criticó las costumbres de su época, y que Lacunza consideró un aborto y a su autor un poeta bastardo. Además, aseguró que el poema estaba plagado de errores, que los más ignorantes apenas si le prestaban atención. Expresa “[...] me es muy bochornoso que en América, mi patria, donde empezaba ya a brillar el buen gusto en todo género de literatura, corran impunemente algunas producciones que la desacreditan [...] y que servirán de motivos de crítica a los extranjeros partidarios” (Amigos 4). Opinó que el poema era de baja calidad, pues podía ser considerado malo según el grado de apego a “las reglas del arte”, de ahí que a su autor lo ubicara como “el coplero más idiota que calienta el sol, indigno aún de la crítica” (Amigos 30).

El poema del Pensador, *La verdad pelada*, a pesar de las críticas soeces de Lacunza, puede afirmarse que se apega a las estructuras del verso regular o los criterios de la métrica tradicional. Se identifica rima consonante, el ritmo con énfasis en la penúltima sílaba, las agrupaciones parisílabas, ya que los versos son de la misma medida. El poema consta de 29 estrofas de seis versos octosílabos. Algunas estrofas se estructuran a partir de una interrogación retórica, al final se alterna una respuesta: *son vejezes, es la moda, es fortuna, es verdad, es mentira*, que funcionan como estribillos. Una peculiaridad del poema es que se cierra con una frase breve sentenciosa, que cumple la función de epifonema, en la que se afirma con tono de ironía. El contenido del texto es sencillo, pues se expresa una crítica de las

como si fuera de boda?

Es la moda.

¿Pero que en casa se esté
y que la familia cele;
que buen ejemplo les dé
a sus hijos, porque suele
el niño hacer lo que ve,
y esto es lo peor las más veces?

Son vejezes.

¿Que al perrito se chiquee
y a las criadas se regañe,
que al otro se lisonjee
y que al marido se engañe
o éste haga que no lo ve?

Todo esto nada incomoda:

Es la moda.

¿Pero que el lujo modere
de gastos impertinentes,
o a lo menos considere
que hay mil créditos pendientes,
que el marido pagar quiere
dentro de dos o tres meses?

Son vejezes.

[...]

(*Obras* I 123-127).

costumbres "relajadas" de la época. En los albores del siglo XIX, algunas mujeres no querían estar más en los espacios domésticos y gustaban de los paseos y las modas, malcriaban a los hijos, engañaban a los maridos. En algunos sectores de la sociedad, incluso, se fomentaba la marcialidad o las actitudes irrespetuosas, se aplaudía la vanidad femenina, el ocio y los juegos de cartas en los hombres, etcétera.

Con *La verdad pelada* se inicia la polémica que sostuvo Fernández de Lizardi con Juan María Lacunza y otros poetas colaboradores de *El Diario de México*, desde fines de octubre de 1811 hasta febrero de 1812. El título del poema alude a la actitud del Pensador Mexicano de hablar de ciertos asuntos sin temor a expresar sus ideas, de la verdad tal cual o pelada. La segunda parte del poema se titula *El Perico y la verdad o continuación de la verdad pelada*,⁷ el cual inicia con una décima o espinela, composición de diez versos

⁷ Fragmento de *El perico y la verdad, o continuación de la verdad pelada*.

Compró un Loro la verdad,
a quien su musa le influía,
(Polymnia, pienso sería,
que es dada a moralidad.)
Un día por casualidad
oí al Loro, que en su palo
a su ama le decía: *malo*,
malo es decir las verdades;
pero si algunas maldades
se enmiendan...; ¡Ay, qué regalo!
Así dijo; y con su pico
comenzó a decir primores.
Yo nada digo Señores,
son verdades del Perico.
Allí va una madamita
con túnico y con mantilla...
¿será alguna Señorita?
¿No? que es una coquetilla
¿Saben quién es? Fulanita.
¿No es esto procacidad?
¿Es verdad?
Esta pobre se atavía,
y se condena a ayunar,
por ver si en su cofradía
se le asientan a la par
hermanos, de noche y día.
¿Será buen fin al que aspira?
Es mentira.
Que nadie de estas ignora
que la Dama de este Jaz
cuando sale bien mejora
de casa, y en San Andrés

octosílabos, de rima consonante “abbaaccdde”. Entre los recursos identificados están el erotema o interrogación retórica, la similicadencia, la aposiopesis, el epifonema, la aliteración, el polisíndeton, la anáfora, etc. Al parecer, Lacunza transcribió algunos fragmentos en *El Diario de México*, publicados el 20 de diciembre de 1811.

El perico y la verdad o continuación de la verdad pelada es una composición que toca el mismo asunto que la primera parte, pues se expresa una crítica en tono irónico de las costumbres de la época. En este caso la voz poética recae en el perico, quien se burla de las mujeres coquetas, la vanidad humana, la condescendencia de las madres, la ausencia de valores, del pudor, el libertinaje y las costumbres profanas. Al final del poema se identifica una actitud retadora y dirigida a quienes no gustaran del texto, señala que su intención es hablar de lo que ocurría en México, de las nuevas costumbres que algunos adoptaron:

Pero ahora verán
 cómo me murmuro: ¡qué estilo tan frío!,
 ¡qué metro tan duro!
 Parece estribillo,
 verso de jarana;
 así quise hacerlo,
 porque me dio gana
 ¡Qué tonto es el loro!
 (dirás) ¡qué mal poeta!,
 pues si no te gusta,
 toca la trompeta. (*Obras XIV 12*)

Juan María Lacunza, en su crítica no consideró que Fernández de Lizardi, en varios casos, sacrificó lo estético o literario por su actitud de crítica o denuncia social, incluso, por lo pedagógico y moralizante. Si bien es cierto que a nivel lingüístico no se percibe un uso del lenguaje connotativo, pluri-significativo, figuras retóricas que concedan más belleza al texto, como la metáfora, la metonimia, la sinécdoque, la sinestesia, la catáfora y el retruécano tan utilizado en la época de Sor Juana. El autor sólo emplea la similicadencia consonante, esto es, un manejo elemental de la rima final en cada verso, pero no por ignorancia literaria y retórica, sino por lo que ya se dijo: por la intención de acercar sus producciones al oído y entendimiento de cualquier lector: culto o neófito.

entre mil dolores llora
 su asquerosa libertad:
 Es verdad.
 [...]
 (*Obras XIV 5-12*).

José Mariano Rodríguez del Castillo,⁸ quien utilizó el seudónimo "Mostaza", también criticó el poema *La verdad pelada* de Fernández de Lizardi, a quien consideró un autorcillo ramplón y miserable, como el supuesto autor de un soneto publicado en *El Diario de México*, a quien, por cierto, instó a pedir perdón por el plagio del poema y que denominó "Clérigo Curioso". Ante esto el Pensador Mexicano le responde así:

[...] ¿qué no halló papel peor que el de *La verdad pelada* para comparar con su autor a los ramplones? Vamos despacio ¿lo ha leído?, ¿ha notado sus defectos?, ¿son muy garrafales? [...] Éste es el modo de criticar, y de hacer útil la crítica; pero disparar una sarta de dicerios contra los autores, más bien que contra sus obras, y no decir más que esto está malo porque sí, no está bueno porque no, como se está usando en el día, es un modo de criticar, me parece, muy bastardo, y que no sólo arguye poca literatura sino poca urbanidad, y mucha soberbia (*Obras XIV 154*).

Por su parte, Nugagá⁹, en *Palos a El Pensador Mexicano o reflexiones sobre el pensamiento extraordinario*, le aclaró que para tratar ciertos asuntos era necesario apegarse a la verdad, deslindarse de apasionamientos, por lo cual le hizo ocho observaciones: a) se equivocó al asegurar que la ignorancia y el orgullo constituían el carácter de los americanos; b) el Pensador sabía lisonjear aunque asegurara lo contrario; c) según él, en las ciudades cultas de Europa no había vicios; d) generalizaba al decir que el pueblo mexicano era ignorante; e) no condenó el orgullo cuando iba con el amor a la patria, y eso era contrario al Evangelio; f) ofendió a todo un pueblo al afirmar que los criollos conservaron los defectos de indios y españoles; g) el Pensador creía servir a la patria, cuando en realidad la injuriaba y h) creía tener muchos sabios lectores y haber ganado la simpatía de criollos. Nugagá dice "Si vuestra merced quiere merecer la estimación pública, desdígase de tamañas injurias [...] no debe vuestra merced ofenderse del título de mis reflexiones, en atención a que los palos que yo le puedo tirar son blandos y suaves respecto de los que merecía, después de haberlos vuestra merced tirado algo más que de ciego, ya por su espantosa extensión, ya por su cáustica dureza" (*Amigos 217*).

Nugagá criticó las obras de Fernández de Lizardi en cuanto al fondo o contenido; pero éste le contestó en *Escudo de defensa contra los palos del señor Nugagá* cada una de sus ocho observaciones. Respecto a la primera, sobre la ignorancia y el orgullo como carácter de los americanos, aclara que cuando lo escribió se encontraba "[...] acalorado con la presencia del soez y

⁸ Poeta y prosista guanajuatense fundador de la *Aradia Mexicana*, en la cual se autonombró Amintas y Tirsis. Los escritos los firmó con sus iniciales J. R. C. y con el seudónimo "Mostaza" (Fernández Amigos).

⁹ Se desconocen datos del autor.

desvergonzado papel del arquitecto” (Obras III 410). Nugagá aseguró que, según Fernández de Lizardi, la patria, “sin vicios”, podría alternar con las ciudades europeas más cultas, con lo cual éste suponía que aquellas ciudades no tenían vicios, pero el Pensador aclaró: “yo no dije tal cosa ni hablé con tanta generalidad; lo que dije fue que sin los vicios que la afean, no sin vicio alguno” (Obras III 414).

El escritor mexicano recibió diversas críticas sobre su novela *El Periquillo Sarniento*, por ejemplo, en un diálogo publicado en *El Noticioso General*, el viernes 18 de diciembre de 1818, se menciona la obra de Periquillo “el leproso”, como un texto de lectura obligatoria para todos aquellos que presumieran cierto capital cultural, uno de los interlocutores pregunta al otro acerca de su juicio sobre este escrito, ante lo cual responde:

Yo ninguno [...] porque a más de que no soy voto en materias de literatura, todavía no he pedido la pata a ese Periquito, es decir, que aún ni por el forro lo he saludado ‘¿Pues qué, me dijo sonriéndose, teme usted que le dé alguna mordida?’ –No señor mío, le contesté, ni por tan pueril motivo había yo de dejar de leer una obrita que tanto alaban muchos; mi arranquera me ha privado de este gusto porque no puedo comprarla, ni aun conseguirla prestada, pues ninguno de mis conocidos la tiene. (Amigos 289)

La crítica que se expresa en torno a la novela de Fernández de Lizardi es alentadora, pues señala que se trata de una obra de mérito por su orientación sentenciosa, moralizante, pedagógica, enfocada a la comprensión de cualquier tipo de lector; siempre con la tendencia de rechazar los vicios, y reformar las costumbres del pueblo y que sus miembros fueran útiles, lo cual evidencia que hizo una lectura de comprensión del texto a cabalidad porque efectivamente fue el fin del autor, esto es, mostrar los vicios para inclinar a los lectores hacia las virtudes.

Manuel Terán¹⁰, quien se identificó con el seudónimo “Uno de tantos”, consideró a *El Periquillo Sarniento* “[...] una obra disparatada, extravagante y de pésimo gusto; de un romance o fábula escrita con feo modo bajo un plan mal inventado, estrecho en sí mismo más por el modo con que es tratado” (Amigos 298). Con lo de “estrecho en sí mismo”, el autor se refiere al objetivo de Periquillo, esto es, la instrucción de sus hijos, pues se trata de un texto de acentuada orientación didáctica y moralizante; y cuando dice: “más por el modo en que es tratado”, considera que el autor presenta sus personajes “hablando según los oímos”. Para el crítico es una limitación porque hace que la obra no excite ni atraiga. Además, en su opinión es en

¹⁰ En *El Periquillo Sarniento* se identifica una alusión al autor como Ranet, se sabe que desde Puebla envió un documento firmado como “Uno de tantos” a un individuo de nombre “el señor Enero”, quien a su vez lo mandó al editor del *Noticioso General* (Fernández Obras XIII).

exceso moralizante. Señala que es de poco interés la forma en la cual un padre educa a su hijo en lo particular, sin considerar que se trata de una propuesta novedosa de Rousseau, que también fue criticada, pero que se inserta dentro del individualismo ilustrado. Asegura que la obra cae en la descripción de sucesos vulgares, pues, “[...] la narración instructiva del coronel con las demás pláticas doctrinales son buenas dosis de opio para quien haya perdido el sueño” (Amigos 299). Considera que la prédica en el texto resulta molesta, ya que se pintan cuadros asquerosos, y se insiste en una moral trivial que a cada momento se expresa al punto que empalaga.

El crítico Manuel Terán también analizó el estilo de Fernández de Lizardi y dice que raya en la bajeza y en la grosería de los espacios más burdos, y se excede en las digresiones, que resultan agotadoras; critica el recurso de enmendar los vicios mediante la sátira, la burla y el ridículo. Considera que el tratamiento de los personajes resulta erróneo: hace un manejo obsceno del lenguaje de quien se adorna con el seudónimo de Pensador Mexicano. Le recomienda no escribir, y aclara que su crítica se enfoca a las obras y no al autor. Dice “[...] me fatigo en vano examinando las obras del señor Pensador a la luz de las reglas y principios: acaba de abjurarlo todo como si fueran dogmas del Alcorán en las *Advertencias preliminares de su Quijotita*” (Amigos 306).

La crítica de “Uno de tantos” sólo hace resaltar las características peculiares del estilo novelístico de Fernández de Lizardi, sobre todo su apego a la vida cotidiana, ya que no sólo la retrata, sino que critica los vicios y las costumbres, educa y corrige. En la crítica que hace a partir de su formación liberal y sus convicciones católicas, se origina su supuesto moralismo. No obstante, también hay que considerar la tradición novelística en las colonias americanas, la represión en su época, las prohibiciones, la presencia y dominio de la Inquisición. La vocación de Fernández de Lizardi se orientó hacia el periodismo, pues en sus folletos y artículos podía expresar de forma más explícita la situación histórica, social y política que le preocupó y discutió en sus obras, y cuando la censura se acentuaba en su contra, enunció las ideas en textos de orientación literaria como *El Periquillo Sarniento* o bien *La educación de las mujeres o La Quijotita y su prima*.

En el *Noticioso General*¹¹, publicado el miércoles 10 de febrero de 1819, un escritor que utiliza el seudónimo de “El Amolador” le responde a “Uno de tantos” y le señala que su crítica destructiva no dejó hueso sano al “pobre” Periquillo. En todo caso, también su texto presenta una serie de errores y descuidos, asegura que él no obra por pasión sino porque la crítica de “Uno de tantos” es antiacadémica y evidencia odio hacia Fernández de Lizardi. Al respecto dice: “El modo con que usted se expresa, junto con la

¹¹ Fue publicado en la Ciudad de México, desde el 24 de julio de 1815 hasta 1824. El prospecto está firmado por J.C. Impreso en la oficina de Benavente. El *Noticioso General* circulaba cada tercer día.

confesión de que no es muy afecto a El Pensador Mexicano, hacen sospechar justamente que le aborrece, aunque no sea en el orden social” (Amigos 313). Cuestiona que en verdad su interés sea sólo por el arte, que debe conocerlo bien porque lo aprendió en algún momento, pero le recuerda sus palabras, le reprocha que haya escrito impulsado por un sentimiento particular y le responde:

Yo no comprendo cómo el que sabe lo que se llama interés en el arte, no haya visto regla alguna, ni menos entiendo cómo, sin haber visto regla alguna, se puedan examinar las obras a la luz de las reglas y principios. Si éstas no son *sandeces*, no sé a quienes deba dárselas con propiedad el nombre de tales. (313)

Fernández de Lizardi, por su parte, se dirigió al editor del *Noticioso* y aseguró que no respondería los ataques de quien firmó como “Uno de tantos”: primero, porque tenía cosas más importantes por hacer; segundo, porque en su escrito confesó no ser muy afecto a El Pensador y con eso ya indicó que lo movió una cuestión personal y no académica, lo cual le ahorra el trabajo de señalar los descuidos que abundan en su papel y tercero, pidió que revelara su identidad, firmara con su nombre y apellidos, y no se escondiera tras un seudónimo o iniciales, o lo que es lo mismo, tirar la piedra y esconder la mano, lo cual interpreta como una corruptela utilizada con frecuencia en su época y una traición literaria. Pide al editor que le aclare a manera de advertencia fraterna que “[...] *la crítica no es el arte de insultar a los autores, sino el de inculcar la verdad [sic]*” (Obras XIV 195). Además, insta al autor del papel a evitar el insulto, la burla, el odio, el sarcasmo y prescindir de las sandeces en sus escritos. Las palabras de Fernández de Lizardi son breves, claras y contundentes, por lo cual se infiere que no le intimidaban las críticas destructivas, de quienes se ocultaban tras un seudónimo, no se atrevían a revelar su identidad, quizá por inseguridad o porque era la tendencia en la época, ante la recepción de sus ideas a pesar de moverse en un campo intelectual que los respaldaba.

Conclusión

Desde antes de la conquista de México, la sociedad evidenciaba una profunda división, y durante el régimen colonial las diferencias se acentuaron en los distintos estratos. En la época novohispana existía un ambiente social de represión y temor, padecido no sólo en los sectores iletrados, sino también entre los criollos que presumían de erudición o tenían ciertos conocimientos para expresarse de manera escrita. Incluso, hubo quienes se atrevieron a publicar sus ideas con una orientación de crítica social o política, eran perseguidos y escarmentados.

Uno de los autores más prolíficos, ubicados en la coyuntura política del México independiente, fue José Joaquín Fernández de Lizardi, quien buscó la manera de establecer diálogo con otros miembros del cuerpo social, ya

cultos o de estratos populares, mediante sus escritos, folletos, poesías, obras de teatro, novelas y artículos periodísticos. Sin embargo, sus ideas no siempre fueron aceptadas, ya que muchos lo acusaban de soberbio por el seudónimo de Pensador, los más numerosos le decían ignorante y lo insultaban; otros lo defendían y respetaban sus ideas. En las críticas analizadas se observa más la intención de ridiculizar y zaherir que una crítica académica de carácter argumentativo y fundamentada en las reglas del neoclásico. Es claro que sus ideas fueron rechazadas por no pertenecer a un cenáculo que le confiriera poder y status para tratar temas literarios, sociales o políticos. Los escritores contemporáneos que se concentraban en la *Arcadia Mexicana*, lo desconocieron como un intelectual con la capacidad de aportar ideas valiosas en sus textos.

Los críticos contemporáneos de Fernández de Lizardi no se apegaron en general a los preceptos literarios, pues en sus escritos se dirigían al autor con insultos, destrozaron una obra como *El Periquillo Sarniento* y olvidaban su orientación pedagógica y moral, considerados principios claves del neoclásico. Lacunza y Rodríguez del Castillo, por ejemplo, se centraron en recordarle, de manera implícita, su no pertenencia al campo de poder, su nula autoridad e ignorancia para tratar temas literarios. La posteridad, no obstante, reconoce la aportación de los textos del Pensador, su valor para expresarse y hacerse escuchar en un medio social, histórica e intelectualmente hostil. En una colonia que buscaba emanciparse y con necesidad de encontrar una identidad, en la que se acentuaban las diferencias políticas, sociales y culturales, que continuaban lacerando a diversos países de América Latina, en los que priman la pobreza, la ignorancia, la marginación, el desempleo, las crisis económicas, las disputas por el poder y la corrupción.

BIBLIOGRAFÍA

- Álvarez Barrientos, Joaquín. "La figura del escritor en el siglo XVIII". *Cuadernos de Ilustración y Romanticismo* 2 (1992): 13-29.
- Bourdieu, Pierre. *Campo de poder, campo intelectual. Itinerario de un concepto*. Montessor: 2002.
- Diccionario Porrúa*. México: Porrúa, 1980.
- Fernández de Lizardi, José Joaquín. *Obras I. Poesías y fábulas*. Investigación, recopilación y edición de Jacobo Chencinsky y Luis Mario Schneider. México: UNAM, 1963.
- _____. *Obras III. Periódicos. El Pensador Mexicano*. Recopilación, edición y notas de María Rosa Palazón y Jacobo Chencinsky. México: UNAM 1968.

- _____. *Cajoncitos de la alacena, Las sombras de Heráclito y Demócrito, El conductor eléctrico*. Recopilación, edición, notas y presentación de Ma. Rosa Palazón Mayoral. México: UNAM, 1970.
- _____. *Obras V. Periódicos. El Amigo de la Paz y de la Patria, El Payaso de los Periódicos, El Hermano del Perico que cantaba la Victoria, Conversaciones del Payo y el Sacristán*. Recopilación, edición, notas y estudio preliminar de María Rosa Palazón Mayoral. México: UNAM, 1973.
- _____. *Obras VI. Periódicos*. Recopilación, edición, notas y presentación de María Rosa Palazón Mayoral. México: UNAM, 1975.
- _____. Recopilación, edición y notas de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias. México: UNAM, 1981.
- _____. *Obras XI. Folletos (1821-1822)*. Edición, notas y presentación de Irma Isabel Fernández Arias. México: UNAM, 1991.
- _____. *Obras XII. Folletos (1822-1824)*. Recopilación, edición y notas de Irma Isabel Fernández Arias y María Rosa Palazón Mayoral, prólogo de María Rosa Palazón Mayoral. México: UNAM, 1991.
- _____. *Obras XIII. Folletos (1824-1827)*. Recopilación, edición, notas de María Rosa Palazón Mayoral e Irma Isabel Fernández Arias, prólogo de María Rosa Palazón Mayoral. México: UNAM, 1995.
- _____. *Obras XIV. Miscelánea. Bibliohemerografía, listado e índices*. Recopilación y prólogo de María Rosa Palazón Mayoral. México: UNAM, 1997.
- _____. *El Periquillo Sarmiento*. Prólogo de Jefferson Rea Spell. México: Porrúa, 2004.
- _____. *Amigos, enemigos y comentaristas (1810-1820)*, vol. I, 2. Recopilación, edición, notas e introducción sobre un grajo de María Rosa Palazón Mayoral. México: UNAM, 2006.
- Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel: los intelectuales y la organización de la cultura*. México: Juan Pablos Editor, 1975.
- Insúa, Mariela. "El retrato del periodista en la obra de José Joaquín Fernández de Lizardi". *Alpha: Revista de artes, letras y filosofía* 33 (2011): 159-170.
- _____. "La falsa erudición en la Ilustración novohispana: Lizardi", en *Estudios Filológicos* 48 (2011): 61-79.

Lapesa Melgar, Rafael. *Introducción a los estudios literarios*. Madrid: Cátedra, 2008.

Perales Ojeda, Alicia. *Asociaciones literarias mexicanas*. México: UNAM, 2000.

Zavala Alvarado, Lauro. *Manual de análisis narrativo. Literario, cinematografía, intertextual*. México: Trillas, 2007.